

Premio UPC de ciencia ficción 2003

Conferencia, noviembre 2003

Orson Scott Card
Literatura Abierta

Los fabricantes de lentes

Érase una vez, en una ciudad, un gremio de fabricantes de lentes que se enorgullecían de hacer lentes y espejos que, adecuadamente colocados y orientados dentro de tubos oscuros, proporcionaban una visión clara de los planetas y de las remotas montañas. Personas de lugares lejanos pagaban precios altísimos por estas lentes, pues sin ellas nunca habrían entendido por completo el universo en el que vivían

Pero ocurrió que, por puro placer, algunos de los miembros del gremio empezaron a grabar pequeños dibujos en torno a los bordes de las lentes que fabricaban. Inicialmente, no eran más que marcas, colofones, logotipos -astucias para certificar que una lente era obra de un fabricante concreto, y no una falsificación

Aquellos grabados en los bordes de las lentes no impedían la función principal de éstas, dado que las personas sólo miraban a través del centro de la lente. Sin embargo, a medida que fue transcurriendo el tiempo, los fabricantes de lentes fueron haciendo colofones más elaborados y decorativos, y los compradores empezaron a coleccionar lentes, no por su utilidad como telescopios y microscopios para aumentar el mundo real, sino por la belleza de los grabados mismos.

Hasta que llegó el día en que toda la superficie de la lente quedó cubierta con grabados, preciosos y complejos diseños que despertaban la admiración de los expertos, y se pagaban los precios más elevados por los trabajos más elaborados. Nadie parecía darse cuenta de que los fabricantes de lentes ya ni siquiera se molestaban en moldear el cristal en forma de lente. Era más fácil trabajar sobre cristal plano, o sobre las facetas de los prismas

Y aquéllos que osaban quejarse, porque ya no se podía ver mucho al mirar a través de los telescopios o de los microscopios, eran despreciados y se los tildaba de ignorantes. ¡Qué infantil, qué ingenuo creer que el arte del fabricante de lentes tenía que limitarse al requisito de la claridad! La belleza estaba en el estilo de los grabados del artista, ya no importaba la función principal de la lente como instrume

Y por ello, las personas que necesitaban telescopios y microscopios para trabajar en el mundo real tuvieron que dejar de comprar las bellas lentes de los miembros de aquel gremio y conformarse con las simples lentes de los fabricantes de lentes que no habían olvidado el motivo principal de su trabajo

La estética exclusivista

Una de las ironías de nuestro tiempo es que los artistas que proclaman en voz más alta su interés por la condición económica y política de las personas corrientes, casi invariablemente, crean un arte que las menosprecia.

El arte del siglo XX se vio marcado -no, obstaculizado- por un movimiento antiestético que se extendió a todas las artes. Ya no había deseo alguno de crear un arte que aportara placer o catarsis, ni siquiera comprensión, a la comunidad en general.

Más bien, en pintura, escultura, música, poesía, danza y ficción, se produjo un rechazo consciente ante cualquier tipo de diálogo entre el artista y la comunidad basado en la igualdad. El arte que el público podía entender se ignoraba, se despreciaba o se atacaba enérgicamente

Inicialmente, este movimiento nos dio algunas grandes obras de artistas que habrían podido crear un arte magnífico dentro de la tradición existente, pero que encontraron una nueva inspiración al traspasar aquellas viejas fronteras. Pensamos en Stravinsky, Picasso, Isadora Duncan, las transgresoras obras teatrales de Chekhov e Ibsen, el brutal realismo bélico de la poesía de Wilfred Owen o la ficción de Erich Maria Remarque.

Estos artistas, aunque desafiaban algunas expectativas, tenían todavía un papel en la negociación fundamental entre el artista y la comunidad: aquéllos que experimentaban su arte recibían una dosis de belleza y verdad que otorgaba sentido, propósito o validación a sus experiencias vitales.

La "revolución" permanente

Sin embargo, irónicamente, este movimiento –lo denominaremos Exclusivismo, aunque tuvo muchos nombres en las diferentes artes- coincide con otra novedad: la enseñanza del arte y la literatura contemporáneos en las universidades. Las ideas y los valores del Exclusivismo, en lugar de ser una moda del momento, destinada a desaparecer en pocos años, se convirtieron en la base teórica de la enseñanza de la literatura y el arte en las universidades.

Lo que debió haberse disuelto en los vientos de la moda, quedó, en cambio, grabado en la piedra académica, de la que no desaparece con tanta facilidad y rapidez.

A cada nueva revolución artística, los críticos que definen el significado de la revolución (y a menudo los críticos son también los artistas) hablan de la revolución como si fuera la resolución definitiva de todas las cuestiones y todos los dilemas de este arte. Con frecuencia, estos comentaristas inventan una revolución buscando términos comunes para enlazar el trabajo de artistas que no tenían ninguna intención de formar parte de un movimiento determinado; a veces, los artistas mismos forman un grupo que deliberadamente desarrolla un programa que desafía el antiguo orden.

Este tipo de absolutismo no acostumbra a ser perjudicial a largo plazo, ya que, en la generación siguiente, surgirá otro grupo de artistas que verá la ya envejecida revolución como otro conjunto de normas ridículas que hay que romper con el fin de llevar el arte a una nueva, más elevada y definitiva resolución. Así, lo rococó fue sustituido por la sencillez, lo clásico por lo romántico, lo romántico por lo realista y así sucesivamente, y cada nueva generación de artistas encuentra maneras de romper las cadenas del pasado con el fin de cambiar o reflejar el mundo tal como lo vive.

Pero la enorme máquina editorial del mundo académico proyectó una cortina de humo que ocultó la revolución literaria siguiente. Como consecuencia, generaciones de estudiantes han aprendido que las modas del Exclusivismo son verdades absolutas, y que las obras de arte producidas de acuerdo con estas doctrinas siguen siendo ídolos ante los que debemos inclinarnos respetuosamente.

El arte es el aire que respiran las comunidades

El arte es una parte vital de toda comunidad -incluso de la comunidad de científicos, ingenieros o programadores. Los seres humanos somos inevitablemente desconocidos los unos para los otros, incluso para nosotros mismos. Podemos pensar que conocemos a nuestra madre -que la conocemos tan bien que podemos acabar cualquiera de las frases que ella haya empezado. Pero entonces dirá algo que nos sorprenderá y nos daremos cuenta de que, por más familiar que nos resulte, no la conocíamos en absoluto.

Ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos. Todos tenemos epifanías cuando de repente nos damos cuenta del verdadero motivo que nos llevó a hacer algo en el pasado. Aunque en el momento en que lo hicimos pensábamos que entendíamos nuestros motivos, con el paso del tiempo nos damos cuenta de que no nos conocíamos; lo cual nos lleva a la conclusión de que tampoco nos conocemos a nosotros mismos en absoluto.

La total soledad e inexplicabilidad de la vida humana sería insoportable, si no fuera por todas las personas que nos rodean y el flujo de experiencias que nos llega constantemente. A pesar de nuestra ignorancia de los motivos de los demás, nuestras suposiciones con respecto a por qué las personas hacen las cosas nos permiten predecir los resultados de nuestras decisiones con certeza suficiente para seguir adelante. Avanzamos como podemos.

Los artistas nos dan momentos de excepcional claridad, para proporcionarnos una resolución a las suspensiones de la vida, para darnos a entender que, en lugar de aleatoriedad y trivialidad, hay un sentido y una importancia, como mínimo, en algunas experiencias. Todos aquéllos que hayan experimentado un arte potente y significativo tienen una memoria común; nos une. Y a cuantas más personas de una comunidad pueda llegar el arte, más estrechamente nos vinculará éste.

El buen arte nos llega como una alentada de aire fresco cuando no nos habíamos ni dado cuenta de que nos estábamos ahogando.

Los artistas del Exclusivismo demasiado a menudo han creado un arte que es verdaderamente absurdo para el público general. Han enseñado a las personas corrientes que si disfrutan de una novela, por fuerza será evasiva; si disfrutan de un poema, será porque está plagado de pareados; si disfrutan de una obra de arte es porque es "simple ilustración"; si disfrutan de la música es porque no es más que pop; en pocas palabras, cualquier cosa que les guste y adopten, cualquier cosa que satisfaga su deseo de significado y propósito, no puede ser arte, no puede ser literatura.

Y cuando estas personas corrientes intentan experimentar aquello que los elitistas denominan arte y literatura, lo hacen con el convencimiento resignado de que será aburrido, desagradable, absurdo, molesto y inacabablemente repetitivo, prácticamente idéntico a todo el resto de cosas que pretenden ser arte. Puesto que no tiene significado, no tiene particularidad. Todo se mezcla como en una sopa de arte.

Si toda la verdad y la belleza, todas las ideas que dan sentido al mundo que las rodea, están codificadas y es necesario asistir a clases en la universidad para aprender el código, entonces, para la mayoría de las personas, eso ya deja de ser arte. Además, cuando lo descodificamos, el mensaje es siempre el mismo: nosotros, aquéllos que somos capaces de interpretar este código, somos las personas inteligentes, somos las personas importantes, la vida de los demás está vacía, la vida no codificada no merece ser vivida.

El deseo de arte de las personas

No es sorprendente que, con esta actitud, la mayoría de las personas considere las bellas artes como algo más allá de ellas, algo que no forma parte de sus vidas.

Las personas, sin embargo, encuentran su arte, a pesar de las teorías de los elitistas.

Si las pinturas "serias" ya no les dicen nada, encuentran arte en los pósteres, en las portadas de los discos, en las cubiertas de los libros.

Si la música "seria" les provoca dolor de cabeza, compran discos de bandas sonoras de películas.

Si los poemas "serios" son incomprensibles e irrelevantes, sin rima ni ritmo, encuentran la magia de los versos en las canciones de rap, rock and roll y country.

Incluso aquellos estudiantes que llegan a la universidad especialmente para aprender a convertirse en miembros de la élite artística generan su amor por el arte a partir de lo popular, no de lo elitista.

A nadie empieza a gustarle el dibujo porque haya visto un bloque de cuadrados abstractos en una tela -les gustan por los dibujos que capturan formas identificables de cosas reales sobre el papel.

A nadie empieza a gustarle la música porque haya escuchado las cacofonías de los antimelódicos compositores modernos -les gusta porque en su familia cantaban todos juntos o porque les gusta lo que escuchan por la radio.

A nadie empieza a gustarle la ficción porque haya leído novelas con un lenguaje tan sublime que es imposible saber qué está ocurriendo o por qué le tendría que interesar; a las personas les gusta la ficción por aquellas historias que las hicieron querer mantenerse despiertas hasta escuchar el final; y les gustan los versos que cantan, que tienen música, que son divertidos de recitar y, por encima de todo, los versos que tienen un significado desde la primera lectura.

Así, los estudiantes que llegan al arte gracias a su versión pública y abierta -gracias al arte que llega a una comunidad que incluso incluye a los niños y la cohesiona- entran en la universidad tradicional para aprender a despreciar aquel mismo arte que les gustaba inicialmente y adoptar el elitismo.

Toda comunidad tiene derecho a su arte

Mi objeción no es que el arte de la élite académica carezca de mérito. Tienen tanto derecho a su arte como cualquier otra comunidad.

Me opongo, sin embargo, a su reivindicación que su arte es, por naturaleza, mejor que las artes que siguen abiertas a las personas corrientes. Rechazo su actitud de que incluso los ejemplos más ineptos, repetitivos y formulistas del arte elitista son de alguna manera, intrínsecamente, más importantes y más serios que las mejores obras de los mejores artistas populares.

Toda comunidad desarrolla sus propios estándares de lo que hace que un arte sea mejor que otros. Aquellos importantes principios no son revelados a los profesores como los mandamientos que recibió Moisés en la montaña. Surgen del diálogo público entre los artistas y la comunidad a la que ofrecen sus obras.

Hay una progresión en la vida de toda persona entre el arte que le gusta en la infancia, cuando es ingenua e inexperta, y el arte que le gusta cuando se hace adulta, cuando tiene un conocimiento más maduro del mundo y una experiencia más amplia del arte.

Pero la élite académico-artística se equivoca en su reivindicación, como lo hace a menudo, de que su arte es más maduro y sofisticado, y que todos aquéllos que prefieren formas más populares tienen gustos infantiles.

Me resulta más fácil creer lo contrario. Son los niños -específicamente los jóvenes adolescentes- quienes insisten en formar clubes con la única finalidad de excluir a otros chicos. Somos "guays", dicen a estos chicos, porque somos mejores que los que "no son guays", y sabemos quiénes son los que no son guays, porque son los que no piensan, actúan, hablan y se visten como nosotros.

¿Qué proporción del arte elitista está más relacionada con excluir personas que con cumplir la función que se supone que debe tener el arte? ¿Qué proporción de la formación académica que se da en arte está relacionada con convencer a los estudiantes para que desprecien aquello que les gustaba en el pasado, no porque sea malo, sino solamente como prueba de que merecen pertenecer a la élite?

¿Cuántos jóvenes artistas de talento se han alejado de su público natural para que los elitistas les enseñaran a crear un arte que no se puede entender si no se paga a un profesor para que lo explique?

La ciencia ficción como revolución literaria

Formo parte de la élite académica literaria -tengo una titulación universitaria, he leído las teorías y las he entendido y soy capaz de hablar el lenguaje de la élite académico-literaria.

Sin embargo, cuando tengo que explicar una historia, mi arte se desarrolla mejor si me mantengo dentro de los géneros que me proporcionan los mejores lectores y las herramientas más útiles.

No me interesa escribir ficción para satisfacer a los miembros de un club cuya única finalidad cuando leen es decidir si admiran o no al autor. Quiero escribir ficción para un público de personas que desean historias que den forma y sentido a sus vidas -lectores que están dispuestos a dejar que la ficción cambie lo que son y cómo entienden el mundo, en lugar de lectores que leen un cuento básicamente para juzgar la manera en que ha sido narrado.

Y para escribir claramente sobre la naturaleza humana, las sociedades humanas, el propósito de vivir y los medios para conseguir la felicidad, creo que, muy a menudo, el género de la ficción especulativa -es decir, la ciencia-ficción y la fantasía- me proporciona las mejores herramientas para narrar estos cuentos.

Estoy plenamente convencido de que la revolución literaria que se produjo inmediatamente después del Exclusivismo fue la ciencia-ficción -y fuimos sus vencedores.

Mientras la ficción literaria académica pasaba el tiempo dando premios a unos y otros y tomando vino y comiendo queso en las recepciones, los escritores de ciencia-ficción han ido capturando la imaginación del mundo y han transformado el modo en el que los seres humanos entendían el universo y todo cuanto abarca.

Hemos inventado palabras que designan cosas que no existen, hemos creado no-realidades extravagantes que han iluminado con luz brillante el mundo real y lo hemos hecho sin la más pequeña ayuda o interferencia del mundo académico. Nuestra ficción fluye hasta nuestro público sin ningún tipo de mediación -no nos hace falta que nadie nos enseñe a leer lo que escribimos.

Pero eso no se debe a que la ciencia-ficción sea más fácil de escribir o más fácil de leer. De hecho, es la ficción oscura la que es fácil de escribir. Dado que el público inicialmente no sabe nada y sólo va averiguando aquello que el autor le dice sobre la historia, con el fin de conseguir la oscuridad necesaria, no hay que hacer más que algo tan difícil como escribir mal.

En cambio, la ciencia-ficción es muy difícil. El lector tiene que procesar dos corrientes simultáneas de información. En la superficie, descubre los personajes y los acontecimientos lineales de la historia, como en cualquier otro tipo de ficción. Pero, bajo la superficie, también procesa y revisa su visión del mundo y aprende, de pista en pista, las diferencias entre las reglas del universo ficticio y las del mundo real. Algunos lectores, simplemente, no pueden abarcar este proceso mental -les confunde. Éste es parte del motivo por el cual los lectores de ciencia-ficción son, como promedio, más inteligentes que los lectores medios de otros géneros.

Y, a pesar de ello, nuestra literatura ha sido intensamente analizada desde un punto de vista crítico -por parte de lectores y críticos voluntarios que se comunicaban entre ellos a través de fanzines y boletines de noticias y, ahora, a través de Internet. Dentro de nuestro género se han producido revoluciones y generaciones, transformaciones y reinenciones que hacen que la ficción académico-literaria, con su falta de movimiento, parezca glacial.

Y cuando se escriba la historia de la literatura occidental del siglo XX, dentro de cien años, el Exclusivismo tendrá su lugar, pero, con respecto a los años cincuenta y sesenta, la única historia verdaderamente interesante será aquello que sucedió fuera de las universidades, en las menospreciadas novelas, revistas y relatos que capturaron la imaginación de una nueva generación y cambiaron su concepción del mundo.

El arte certificado por el mundo académico tradicional es, por definición, el establecido, aunque la universidad insista en que todavía alberga la revolución. Recordad todo el tiempo que los octogenarios dirigentes de la Rusia soviética proclamaron que representaban la revolución, y cualquiera que se oponía era contrarrevolucionario. Pero eso es un autoengaño. Las ideas revolucionarias no se enseñan en las universidades. No se obtiene un contrato por el hecho de ser revolucionario. Se obtiene una plaza de profesor por el hecho de comportarse exactamente de la manera aprobada por el claustro de profesores vigente. Las revoluciones ya se han acabado en el momento en que llegan a las universidades tradicionales.

Sin embargo, la Universidad Politécnica de Cataluña no es una universidad tradicional. Quizás porque existís en una comunidad que lucha por mantener vivas su lengua y su literatura, y dado que vuestra misión es el estudio de las ideas que tienen que sobrevivir poniéndose a prueba en el mundo real, no os limitan las mismas normas que a la universidad tradicional. Por eso no veis contradicción en rendir homenaje al género literario de la ciencia-ficción. Las viejas revoluciones muertas no tienen atractivo en un lugar orientado al futuro.

El rechazo por el elitismo

Al fin y al cabo, incluso los elitistas más desesperados se darán cuenta de que su revolución está muerta. Por eso, en los próximos cincuenta años, veréis una transformación en la literatura que se enseña en las universidades. Llegarán nuevos profesores que no negarán el arte que les gustaba cuando todavía formaban parte del público. Insistirán en enseñar a sus estudiantes a apreciar libros e historias que les cambiaron la vida, y no los libros y las historias que cambiaron las vidas de sus padres, abuelos o bisabuelos académicos. Y una revolución que se retrasa demasiado tiempo tiene unos efectos mucho más radicales.

Aquéllos de vosotros que deseáis encontrar belleza y verdad en el arte, apoderaos de ellas donde las encontréis. Elogiad el arte que os guste. El arte no es arqueología. Se recrea constantemente con cada nueva generación, y ningún arte es importante, si no es que gusta a un público extenso y vivo. Las obras de Shakespeare hablaron inicialmente a las personas corrientes de Londres, antes de que pudieran hablar a otras personas y a las generaciones posteriores.

El arte que os gusta es el arte que enseñaréis a amar a vuestros hijos, y cuando ellos se conviertan en profesores, enseñarán el arte que les disteis.

El arte tiene sus raíces, siempre y para siempre, en el deseo y la esperanza de las personas corrientes.

Mi corazón está con aquéllos que desean crear arte para las personas corrientes, arte que no necesita mediación, arte que se puede recibir sin ninguna otra formación que la que tiene todo ser humano simplemente por el hecho de estar vivo.

Mi corazón está con los poetas y los narradores que quieren escribir historias que se pueden leer en voz alta a los iletrados y, sin embargo, se pueden entender y amar.

El arte de la ficción y de la poesía no existe en el texto que llena la página. El texto es la herramienta que creamos para permitir que personas a las que nunca conoceremos reciban nuestras historias y nuestros poemas. Así, utilizarán el texto con el fin de poder crear el arte en el único lugar donde siempre está verdaderamente vivo: la mente y la memoria del lector.

Por ello, creo que vosotros, que leéis mis obras en español y catalán no recibís una pobre imitación de mis historias. Si he conseguido escribirlas con claridad en inglés, y si los traductores han conseguido explicar el mismo cuento en español y en catalán, entonces recibiréis lo más importante de mi narración, de la misma manera que dos astrónomos que contemplan Marte desde lugares diferentes de la Tierra, ven, sin embargo, el mismo planeta rojo.

La creación de la literatura pública abierta a todo el mundo no es más simple o más fácil que la de la esotérica y codificada ficción académica. Es mucho más difícil escribir una historia que sea a la vez verosímil, importante y clara que escribir otra que, por el hecho de ser oscura, no hace falta que sea verídica o importante para que sea admirada.

La oscuridad puede conseguirse esparciendo barro sobre el parabrisas de un vehículo. La claridad no puede conseguirse sin pureza, luz, propósito y fuerza.

Mi Manifiesto de la Literatura Abierta

Cuando leáis una de mis obras, prometo que incluiré cada partícula de información que necesitéis para poder entenderla. Si hay alguna cosa que no entendáis sin una explicación complementaria, eso no es una virtud de mi obra, sino un defecto.

Al mismo tiempo, nunca comprometeré la verosimilitud de mi obra para intentar conseguir popularidad. Cuando decido lo que ocurre y por qué ocurre en una de mis historias, lo hago sobre la base de lo que me parece adecuado y verosímil, y no con la idea imaginada de aquello que el público quiere que contengan las historias. La integridad de la narración proviene del contenido de la historia, no de la obediencia a las doctrinas de una élite académica o artística.

El objetivo de la literatura abierta no es vender más ejemplares o ser admirada, sino explicar historias que sean importantes y, hasta cierto punto, verosímiles, de la manera más clara que sea posible. Es probable que muchas de mis historias, aun claramente explicadas, no encuentren más que la acogida de un pequeño público. Pero este público no será pequeño porque yo, deliberadamente, haya excluido a nadie. Yo habré escrito, tan bien como me habrá sido posible, una historia que dará la bienvenida a todos los lectores y todos los oyentes que puedan creer en los acontecimientos del cuento e interesarse por ellos.

La literatura abierta nunca pierde de vista la idea de la narrativa como arte oral. La buena escritura es aquella que puede leerse en voz alta y de manera fluida, para ser escuchada con placer y ser entendida, de alguna manera, desde la primera vez que la escuchamos. El lenguaje y las historias existen en las comunidades de hablantes; escribir simplemente nos permite difundir nuestras historias entre lectores a los que nunca podremos conocer personalmente para explicarles el cuento en voz alta. Nuestros escritos, pues, son los trovadores que enviamos para que canten nuestras canciones en voz alta.

El objetivo de escribir no consiste en cerrar la puerta a los bárbaros, sino más bien en abrir todas las puertas de par en par, y dar la bienvenida a todos los desconocidos que están dentro de las murallas de nuestra civilización. La literatura no necesita murallas muy altas o guardianes de sus fronteras, necesita mil puertas y ventanas abiertas a la luz y al aire, a través de las que todos los seres humanos que lo deseen puedan entrar libremente.